
El fantasma de una noche de verano

La guitarra trenzaba una melodía lenta y serena, acompañada por un suave batir de violines, una música que se adueña de los jardines del Alcázar de Sevilla, convertidos en teatro de conciertos al aire libre. El solo de guitarra llega a abarcar todo cuanto existe, árboles, noche, brisa, naves, palabras, cuerpos, deseos, la humedad del río cercano y acaso también las canciones más tristes de este mundo. El público escucha el andante conteniendo la respiración. De pronto la voz de la guitarra se detiene, y durante un breve instante un silencio absoluto lo domina todo, hasta que la orquesta en pleno sobrecoge al auditorio con uno de los pasajes más bellos y briosos de la Romanza, y por tanto uno de los momentos cumbres del “Concertino” de Salvador Bacarisse. Sólo entonces pudo relajarse durante unos segundos Julio Pretel, y respirar hondo, a pleno pulmón. Intentó escrutar los rostros del público, al menos los de los espectadores de la primera fila, pero fue en vano. Los focos lo deslumbraban, y sólo si se esforzaba mucho lograba divisar confusamente una hilera de fantasmas sentados, con caras desdibujadas y amorfas, lo que le causó una repentina inquietud al revivir un sueño que en los últimos tiempos se había hecho repetitivo e insistente: él tocaba una pieza, solo en mitad de un escenario, y al terminar no sonaban las palmas, ni siquiera unos tímidos aplausos de cortesía; entonces se daba cuenta, al principio con incredulidad, después con aterrada certeza, de que todos los espectadores estaban muertos, algunos parecían simplemente dormidos, pues la muerte no había tenido aún tiempo de injuriarlos, pero otros en cambio mostraban los avances de los gusanos devoradores, la papilla verdosa de la putrefacción manando por narices y bocas... Y era entonces cuando una vahada de hedor, un viento de muerte lo golpeaba y sobrecogía. Se despertaba asustado en medio de la noche, jadeando y con el corazón golpeándole el pecho como un martillo.

Trató de alejar ese mal recuerdo, esos pensamientos desasosegantes, “no pienses más en eso, ahora no, no sobre el escenario”. Miró a su izquierda. Aguayo, el director, le hizo un gesto como queriéndole decir “prepárate, nene, porque vuelves a entrar dentro de poco”. Aún tuvo tiempo de mirar a su derecha. Entre bastidores Marta le dedicaba una sonrisa tranquilizadora, como diciéndole que todo estaba saliendo bien y la de aquella noche era una gran actuación; Marta sonreía con sus labios, con su boquita entreabierta, pero sobre todo con sus ojos, que a Pretel le parecían inverosimilmente azules. Entró a tiempo, a una señal del director, para completar el final de la Romanza, esta vez su guitarra compartía buena parte del protagonismo con el resto de la orquesta, y es entonces cuando el increíble andante de Bacarisse alcanza su plenitud, la gloria de una música que conmueve a la vez el alma y la carne de quienes la oyen, tiempo detenido, espacio y tiempo que se diluyen y funden en unos sonidos que no parecen de este mundo. Acaso si existe el Paraíso de los Bienaventurados, en el que creen algunos, sea como ese lugar y esa noche; acaso el viejo Pitágoras tenga razón, y Dios sea una música. ¿Por qué no esa música?

Tras el último acorde del “Concertino”, el público se relaja al fin, aprovecha para respirar hondo y luego prorrumpe en aplausos, y muchos gritan ¡bravo! Pretel se levanta a petición del director para corresponder a las aclamaciones, avanza hacia el proscenio, sonríe y a continuación inclina el cuerpo casi en ángulo recto. Luego busca con la mirada a Aguayo, el director, que ha bajado del estrado para colocarse a su izquierda. Pretel lo señala con la mano, en ademán de mostrarlo al público y decir “el mérito no es mío sino de este señor y sus músicos (bueno, pero no os lo creáis demasiado y aplaudidme y vitoreadme sobre todo a mí)”, y ambos saludan muy sonrientes a un público rendido. Es al erguirse y alzar la cabeza esta segunda vez cuando uno de los focos lo deslumbra, lo ciega un breve instante mientras un ruido fortísimo resuena en su cabeza, como si un edificio de treinta plantas se desplomase sobre él. Tiene dificultad para guardar el equilibrio, y por eso se agarra con firmeza al brazo del director de la Orquesta Nova Hispalis, quien interpreta ese gesto como una muestra de reconocimiento y cariño por parte del solista, y corresponde abrazando enérgicamente a Pretel, lo que no hace sino aumentar el malestar de este último. No cesan los aplausos, los “bravos”, y todos los músicos vuelven a inclinarse para corresponder a un público entregado, que ha disfrutado de la “Fantasía para un Gentilhombre” del Maestro Rodrigo y el “Concertino” de Bacarisse en una actuación en verdad memorable, fuera de programa, pues la última estaba prevista para el 29 de agosto, pero que ha venido a

ser tal vez la de más calidad artística y mayor éxito de público. Y de nuevo se repite el estruendo en la cabeza de Pretel, tan violento que le provoca un dolor insoportable acompañado de mareo y pérdida de equilibrio. Afortunadamente había dejado la guitarra apoyada en la silla. Julio se tambalea, y sólo la oportuna intervención de una violinista, que lo sujeta del brazo, evita su caída en el escenario.

—¿Se encuentra mal?

—No, no, tan sólo un pequeño mareo. La... la tensión, los nervios del concierto, el ca... calor —acierta a decir el guitarrista.

Algunos de entre el público se han percatado de la indisposición de Julio Pretel, y comentan y cuchichean extrañados. El director de la orquesta le pregunta si quiere que avise a un médico, pero él, con una sonrisa de circunstancias responde que no, ¡qué tontería!, lo que tiene no es nada, absolutamente nada, seguro que se le pasará dentro de muy poco. Y mientras los demás artistas siguen cosechando los últimos aplausos, logra llegar con pasos inseguros hasta el paño de la derecha del escenario, donde una Marta muy preocupada le obliga a sentarse en una silla.

—¡Por Dios, Julio!, tienes la cara desencajada. Si te vieses...

Por suerte no hay un espejo allí donde mirarse, y en cualquier caso Pretel no quiere que avisen a nadie y vuelve a rechazar la posibilidad de que llamen a un médico. “¿Tan mal estoy?”, se pregunta, “¡vaya!, estos me han visto cara de difunto y temen que la vaya a diñar”. Asegura con la voz un poco temblona que es sólo una bajada de tensión. La ovación termina al fin, dando paso al murmullo del público que abandona sus localidades con el ruido característico de las manadas humanas cuando van de retirada, mientras los músicos recogen partituras e instrumentos para dirigirse después a las cabinas instaladas como camerinos temporales. Algunos se acercan para interesarse por el estado de Julio, quien jura haberse recuperado de un “amago de lipotimia”. Pero el guitarrista sigue mortalmente pálido, empapado en un sudor frío y bizqueando ligeramente. “Si no se le pasa en un par de minutos, llamo al servicio de urgencias”, se dice Marta. Aunque figuraba en la nómina como guía oficial de los Reales Alcázares, Marta Alcaraz coordinaba las actividades cara al público que se desarrollaban en aquel venerable recinto, tales como exposiciones de pintura o cartografía, conferencias, mesas redondas y sobre todo conciertos. Un rostro simpático y dulce como el suyo, un temperamento tranquilo (habitualmente, aunque no siempre) y unos maravillosos ojos azules eran la inmejorable bienvenida que recibían los artistas, a menudo gente de trato difícil, cuando

llegaban al Alcázar. Julio y ella se conocían desde hacía un año, cuando Pretel actuó en el interior del palacio para varios ministros hispanoamericanos que celebraban una cumbre en Sevilla.

—¡Alé hop! —Pretel se levantó con relativa agilidad, fingiendo haber superado completamente su mareo—. Estoy bien, como ves. No pidas que dé un triple salto mortal, porque no lo he hecho nunca, no es lo mío, pero... —y Julio arrancó una sonrisa a la joven.

Ella sonreía con los ojos una fracción de segundo antes de hacerlo con la boca. La mayoría de las andaluzas tienen ojos oscuros, algunas de color negro azabache; pero las que lucen ojos claros, sobre todo azules, parecen haber absorbido todo el fulgor de todos los cielos. La iluminación especial de los jardines del Alcázar en eventos como ese daba a los árboles una apariencia irreal, como de bosque encantado en las películas del expresionismo alemán. Pretel temió que aquel concierto formase parte de uno de sus sueños, y por unos segundos pensó que quizás hubiese perdido el conocimiento al levantarse para saludar, y ahora, tras ingresar en una pesadilla, veía aquel jardín como pintado en el celuloide rancio de una película antigua.

—Está bien, supermán, pero haz el favor de cuidarte y no nos des estos sustos —bromeó ella alargándole un botellín de agua—. Hacer de enfermera no figura en mi contrato.

El guitarrista bebió casi la mitad del agua y se echó el resto por la frente y el rostro, sin importarle mojar su camisa de seda, pero pocos segundos después sintió una arcada, así que decidió ir a los aseos. No era cuestión de echar las potas allí mismo, delante de los técnicos de iluminación, ni mucho menos delante de “ella”.

—Los servicios estarán ahora llenos, llenos a rebosar. Como ya sabrás por experiencia, a los músicos os dan ganas de hacer pipí antes y después de la función —comentó Marta sonriendo—. Ve mejor al cuarto de aseo privado que hay en el interior del Alcázar, allí te encontrarás más cómodo.

Dio las indicaciones a un empleado de seguridad para que acompañase a Pretel, que ya podía caminar en línea recta con soltura (sólo con relativa soltura, a decir verdad), aunque los oídos seguían zumbándole y acababa de experimentar otra desagradable arcada. Julio entró solo a los aseos y corrió a vomitar todo lo que contenía su estómago. Fue después al lavabo y se echó agua en el rostro hasta que se sintió mejor. El espejo le devolvía la imagen de un Julio Pretel pálido y con los ojos enrojecidos, como inyectados en sangre, pero su aspecto no era tan malo como había temido. El baño estaba

situado junto a la Sala del Techo de Felipe II, con la puerta hábilmente disimulada en el muro de azulejos. Al salir vio que el guardia había desaparecido. ¡Bueno!, no necesitaba ningún lazarillo, sabía dónde estaba y conocía aquel palacio lo bastante como para no perderse en sus corredores. Se disponía ya a regresar a los jardines, cuando oyó un grito de mujer seguido de un estruendo, que esta vez no sonaba dentro de su cabeza: parecía como si un objeto enorme y macizo golpease contra un muro o una puerta grande. Quedó casi sin respiración. Tanto el grito como el ruido venían de su derecha, del otro lado del Alcázar, quizás del Patio de las Doncellas. El interior de aquel palacio estaba en penumbra, iluminado tan sólo por luces de seguridad, como en los cines una vez iniciada la sesión. Se asomó al Salón de Embajadores, cuyos arcos de herradura adivinó, más que vio, desdibujados en la oscuridad como una arquitectura fantasmal, y otra vez oyó el grito, más cercano ahora, la voz de una mujer joven que parecía llamar a alguien o pedir ayuda. Tragó saliva. El pulso le latía a galope tendido por las venas, le temblaban las rodillas y sentía un malestar generalizado, pero aun así sus pasos lo condujeron hacia el Patio de las Doncellas.

Muchas veces habría de preguntarse después por qué obró de esa manera. Lo más lógico hubiese sido llamar a Marta, o avisar a los agentes de seguridad, o ambas cosas, todo menos aventurarse en el Alcázar a solas y de noche, pero nunca encontró una respuesta convincente que explicara su conducta. ¿Fue realmente un acto voluntario o cedió a un impulso irracional? ¿Acaso en su aturdimiento obró como en otro momento no hubiese hecho? ¿Lo atrajo hacia sí una fuerza desconocida? Los antiguos aseguraban que el Destino mueve a los hombres como si estos fuesen muñecos sin voluntad, y que no podemos evitar su influencia, su poder, esa fuerza que para algunos procede de los astros y para otros de las mismas entrañas de la tierra; un Destino tiránico y abrumador, de modo que cuanto más tratamos de ejercer nuestra libertad, más ciegamente lo obedecemos. Pretel llegó al umbral del Patio de las Doncellas, iluminado a esa hora por dos focos de escasa potencia situados en la galería superior. “Ya que he venido hasta acá... Voy a acercarme al otro lado del Patio, son unos pocos metros, luego me vuelvo y salgo de nuevo a los jardines, Marta debe de estar extrañada, estará preguntándose ¿y a ese, qué le habrá pasado, se habrá colado por el retrete?, sólo unos metros, venga, ojalá no oiga ningún grito”. Caminaba muy lentamente, como si temiera despertar a las sombras del Palacio, a los fantasmas que habitan en sus estancias, ajenos al ajetreo de una ciudad tan bulliciosa como Sevilla. De pequeño fue un niño prudente, tal vez demasiado prudente, o un cobardica, según

se mirase, y entre sus miedos de los siete u ocho años figuraba el de quedarse encerrado en una iglesia por la noche, y más cuando supo de labios de su padre que templos antiguos y catedrales eran también cementerios en donde reposaban centenares de muertos, y en una catedral tan inmensa como la de Sevilla seguro que llegaban a varios miles, difuntos inhumados en las numerosas capillas que rodeaban las naves laterales, restos de cadáveres colmando sótanos y osarios, una muchedumbre de tibias, costillas y cráneos ocultos a la vista el público, pero que acaso constituían la auténtica catedral, su razón de ser, su verdadera armazón.

Una paloma grande y torpe, acurrucada junto a la basa de una columna, se ahuecó y zureó débilmente, quizás alarmada por la presencia de Julio. Iba ya a volverse cuando otro estruendo, que resonaba tanto cerca del Patio como en el interior de su cabeza, le provocó un dolor agudo, profundo, como si le taldrasen las sienas y las vértebras. Dejó escapar un grito y se apoyó en la columna más cercana. Cuando se repuso y abrió los ojos vio atónito cómo había cambiado la arquitectura de aquel Patio. Los graciosos arcos lobulados, a la vez ojivales y morunos, han sido sustituidos por unos elegantes arcos entrelazados, árabes también, pero más altos y de un estilo diferente. Y contempla con asombro que aquel recinto está iluminado por un buen número de grandes antorchas, sujetas a las columnas mediante abrazaderas de metal. Las llamas oscilantes dotan de movimiento a las columnas e infunden vida propia a las arquerías. En un extremo de la alberquilla central se alza una estatua de mármol cuyas formas se asemejan a las de un elefante, esculpido en el estilo tosco pero a la vez gracioso en que se labraron los famosos leones de la Alhambra. La paloma, que había emprendido el vuelo asustada, aparece suspendida en el aire, congelado su movimiento, como en inverosímil desafío a todas las leyes físicas imaginadas o por imaginar. “Es un sueño, sólo eso, un sueño, calma, pasará”, se dijo, “terminará pronto, de hecho, cuando uno comprende que está soñando no tarda en despertar, cierra los ojos, ciérralos y cuenta hasta tres, al abrirlos todo habrá acabado”. Así lo hace, pero vuelve a ver el mismo panorama, los bellos arcos enlazados, las antorchas, la paloma inmóvil en su vuelo, como si un dios caprichoso la hubiese disecado en ausencia de gravedad. Miró en todas direcciones, sin comprender, y de pronto la vio.

Aquella muchacha parecía haber surgido de la nada. Se dirigió a él hablando en una lengua incomprensible, en árabe con toda probabilidad. Estaba angustiada, hablaba casi a gritos y extendía hacia él las manos como preguntándole o pidiéndole ayuda.

—Espera, tranquilízate, yo... Yo no te comprendo. No entiendo lo que dices. ¿Qué te ocurre? ¿Hablas mi idioma? Si quieres, puedes hablarme en francés, es una lengua que entiendo.

La muchacha interrumpe su crispada algarabía y mira atónita a Julio. Los ojos de la mora repasan la figura del guitarrista de arriba abajo (nunca fue más exacta esa expresión, de la cabeza a los pies), como no dando crédito a lo que están viendo. Es una guapa joven, piensa Pretel, no, guapa no, ¡guapísima!, y sus vestimentas, lujosas y bien cortadas, aunque algo arrugadas e incluso sucias en sus bajos, son cualquier cosa menos las que llevaría una inmigrante. Vestía una túnica de princesa, que, aunque manchada de tierra y un poco deshilachada en su borde inferior, parecía de seda e iba adornada con primorosos bordados de varios colores. Llevaba la cabeza cubierta por un velo azul, o de un tono similar. Ella le pregunta extrañada, con los ojos muy abiertos, “¿man anta?” Lo repite dos o tres veces. Pretel le dice que no debe temer nada, es un amigo, y que si se ha perdido o tiene algún problema... Hablándole despacio, en un intento de hacerse entender, le ofrece ponerla bajo la protección de los guardas de seguridad del Alcázar, si es que no quiere que intervenga la policía por no tener ella los papeles en regla. Pero un ruido ensordecedor los interrumpe. Él se vuelve y contempla horrorizado cómo en el lado del Patio opuesto al Salón de Embajadores el muro luce un portón de madera; varios leños están astillados, como si los hubiese golpeado un ariete, y comprende que ese es el ruido que acaba de oír, el ruido que viene oyendo desde el final del concierto, juno o varios arietes que golpean la puerta de ese palacio!

—Yayyí almorabitún!!! Yayyí almorabitún!!! Yayyí almorabitún!!! Almorabitún!!! —grita la muchacha desesperada, con angustia, con infinito terror, mientras corre en dirección opuesta, hacia el Gran Salón de Embajadores.

Él intenta seguirla mientras resuena un nuevo golpe, brutal, definitivo, el crujido de la madera al romperse, de los batientes del portón al desencuadernarse, y el griterío de los asaltantes violando la paz y la intimidad de aquel recinto. Julio no se vuelve para contemplar aquel espanto, sino que intenta huir para proteger a la joven (¿pero quién lo protegerá a él?!), una carrera obstaculizada por la pesadez de sus piernas, aún inseguras, y por la desagradable sensación de tener que atravesar un aire denso, transparente pero casi sólido, un aire que casi lo detiene en su carrera para estrujarlo y hacerlo caer. Pero antes ve cómo la muchacha, que mientras huye ha vuelto el rostro atrás, se desvanece cuando ya está a punto de salir del Patio. Después todo se vuelve negro.

Nunca antes lo habían hospitalizado, así que estaba viviendo una experiencia nueva. Gracias al sedante había dormido varias horas seguidas como un bendito, un sueño profundísimo que le había permitido descansar. La claridad que entraba por la ventana iluminaba una habitación blanca y limpiísima. Salvo por un dolorcillo en la cabeza y una leve sensación de mareo, se encontraba ya bastante restablecido; no obstante seguía en cama por orden del médico: “lo tenemos en observación... más vale pecar de exagerados que quedarnos cortos; mientras tanto, señor mío, relájese y disfrute de nuestra hospitalidad, ¡por algo estamos en un hospital!”. Era un médico jovencito, con bigote, ojos burlones tras las gafas y una guasa que no se podía aguantar. La enfermera, una madurita de buen ver, acababa de comprobar su temperatura con un aparato que había introducido en su oído. Pensando en cómo tomaban la temperatura a los bebés algunas madres, estuvo a punto de hacer un comentario chistoso, pero se abstuvo porque no quería hacer o decir nada que causara una mala impresión a Marta, que lo miraba sentada en un sillón. La señorita Alcaraz tenía trazas de haber dormido poco la noche anterior, por unas u otras causas; pero en verdad las mal disimuladas ojeras la hacían más interesante y acentuaban el azul de su mirada. A lo mejor tenían razón las damiselas románticas, aquellas que se desmayaban oyendo un sentimental nocturno de Chopin (¡ese tuberculoso!) o asistiendo al espectáculo de un Lizst aporreando el piano como un huno (un huno genial y maravilloso, pero un huno al fin, no en vano el nombre de Atila es frecuente en Hungría aún hoy); a lo mejor tenían razón las mujeres del Romanticismo cuando se pintaban ojeras y procuraban maquillar concienzudamente sus rostros hasta otorgarles un aspecto enfermizo y desmejorado. En cuanto a Marta, él era consciente de que intentaba caerle bien por todos los medios y procuraba no hacer nada que ella pudiese considerar repulsivo. “Será que estoy colado por ella, que daría la mitad de mi vida y tres cuartos de mi alma por probar sus labios y perderme en sus ojos”.

La enfermera procedió a tomarle la tensión. “¡Ohú, mi alma!”, exclamó al terminar, mientras le quitaba el manguito, “treinta y seis y medio de temperatura y una presión sanguínea que ya la quisiera el mejor atleta. Parece mentira que le diese anoche a usted un telele como la copa de un pino”. Se disponía ya a salir cuando llamaron a la puerta. Un rostro anguloso y mal afeitado, algo duro, se asomó, y preguntó si podía pasar, y sin esperar respuesta mostró una placa del Cuerpo General de Policía.

—Soy el subinspector Fernando Albero.

Avanzó unos pasos y dirigiéndose al paciente, pero mirando también de reojo tanto a la enfermera como a Marta, dijo que deseaba hacer unas preguntas al señor Pretel.

—Siempre que se encuentre en condiciones, claro.

—Estoy bien, estoy bien, sí. Pregunte lo que quiera —contestó el músico, que miraba con aprensión el aspecto desaliñado del secreta; más que al típico sabueso de paisano, embutido en una convencional gabardina beige, el subinspector Albero parecía un pordiosero o un chori de las Tres Mil Viviendas. Camisa gris de manga corta con el cuello desgastado y algo sucio, pantalones vaqueros muy raídos, que pedían a gritos unas rodilleras, y cabellos largos y enmarañados sobre los hombros. Tal vez ese aspecto estaba científicamente estudiado para atrapar delincuentes, pero no resultaba demasiado tranquilizador.

La enfermera miró con desconfianza primero al policía, por su aspecto, y luego a Julio (¿en qué lío estará metido el gachó este?) y salió de la habitación lamentando tener que tomar la tensión a otros dos pacientes y sobre todo ponerle un enema a un tercero, en lugar de merodear por allí y pegar el oído a la puerta. No hacía falta que Marta abandonara el cuarto; es más, debía estar presente por si podía aportar alguna información complementaria, precisó el policía mientras se sentaba en la otra cama, que quedaba libre, y mientras sacaba de su bolso de mano una libretita y un bolígrafo. En pocos segundos cotejó mentalmente toda la información que poseía de Pretel con el hombre que estaba viendo ante sí:

- * Julio Pretel Carmona.
- * Nacido en Sevilla, concretamente en la calle Orden de Malta, en el barrio de la Macarena.
- * Cuarenta y tres años bien llevados, puesto que nadie le atribuiría más de treinta y seis o treinta y siete.
- * Estatura mediana, aunque al estar acostado eso no era tan fácil de determinar.
- * Cabellos oscuros y algo rizados.
- * Ojos castaños. Rostro agradable (tal vez más de una mujer lo consideraría guapo, ¡pero vaya Vd. a saber!).
- * Y músico de profesión. ¡Joder, un artista! Están todos locos, así que este fulano puede salirme por los cerros de Úbeda en cualquier momento.

—Me gustaría que contara lo que sucedió anoche. Cuando vio a esa mujer dentro del Alcázar. Ya sabe.

Nada más abrir los ojos en la ambulancia, Julio relató a Marta, que se hallaba a su lado, el incidente con la muchacha; lo hizo mediante balbuceos y frases entrecortadas, pero fue suficiente. Ella, tomándose el asunto muy en serio, avisó por el móvil tanto a los encargados de la seguridad privada como a la policía. Un mes antes, y aprovechando uno de los conciertos en los jardines, un perturbado penetró por la noche en el Patio de las Muñecas e hizo allí sus necesidades (líquidas y sólidas), y luego, además, asestó un mordisco en la mano al vigilante que lo descubrió en tan escatológicos menesteres; el loco era un tipo bajito y escuchimizado, pero se necesitaron tres personas para inmovilizarlo, sin que nadie supiera de dónde podía sacar tanta fuerza. El hecho de que se tratase de una mujer árabe, en este caso, complicaba las cosas y agravaba el posible fallo de seguridad. Desde una terrorista islámica a una inmigrante ilegal perseguida por un marido celoso o por gente de las mafias dedicadas al tráfico de personas, cabían muchas posibilidades. Sí, pensándolo un poco, el asunto era para tomárselo muy en serio.

—Después del concierto sufrí un pequeño mareo. Necesité ir a los servicios y... utilicé unos aseos destinados al personal, que se encuentran dentro del Palacio —giró el rostro para mirar a Marta y esta asintió, sonriendo levemente—. Al salir oí un ruido muy fuerte, como si estuviesen derribando un muro o un portón, y a continuación un grito de mujer. Me acerqué al Patio de las Doncellas, porque el grito venía de allí, y la vi entonces. Una muchacha, una muchacha muy joven, le calculo unos diecisiete o dieciocho años, o a lo mejor alguno más, pero jovencita. Parecía pedir ayuda. Estaba muy asustada, yo diría que se sentía angustiada por algo que no llegué a comprender. Yo le hablé, le pregunté qué le pasaba, pero por lo visto no conoce nuestro idioma. O no me entendió o estaba tan asustada que no llegó a entender mis palabras. Entonces sonó un ruido fortísimo a mis espaldas, como si medio Alcázar se viniese abajo, y ella echó a correr, dando alaridos, corrió hacia el Salón de Embajadores, y cuando quise seguirla... debí de desmayarme. Recobré el sentido en la ambulancia.

El subinspector Alberó dejó de garabatear en la libretilla y contempló con asombro al guitarrista. ¡Eso era todo?! Pretel se encogió de hombros y contestó que sí; había omitido los aspectos más extraños o increíbles del incidente, como la mutación en la arquitectura del Alcázar, el vuelo detenido de la paloma, o el

hecho de que la joven, que parecía haber surgido de la nada, a ella volvió volatilizándose como un fantasma. El policía se rascó la mal afeitada barbilla. Era raro, comentó, era raro porque los de seguridad no había encontrado a la mora, y eso que los guardas rastrearon dos veces el Alcázar, palacio y jardines, y la segunda vez en compañía de agentes de la policía nacional provistos de perros. Ni se había registrado daño alguno en la estructura exterior o interior del Palacio ni tampoco nadie escuchó esos “tremendos ruidos” que Pretel mencionaba. Marta suspiró, reconociendo que aquella misma mañana, y antes de acudir al hospital, había hablado con la empresa de seguridad, por lo que conocía de sobra esos datos que en realidad podían resumirse en la consabida frase de “sin novedad en el Alcázar”. Julio balbuceó unas palabras para mostrar su extrañeza, pero se reafirmó en su declaración, él estaba seguro, ¡segurísimo!, la había visto a la misma distancia a la que ahora se hallaba el policía, la había oído hablar, implorar, gritar...

—Describámela.

La memoria auditiva de un músico es siempre mejor que la visual, aun así era capaz de dibujarla con bastante precisión. Joven, muy joven, como ya había dicho; menuda, tirando a bajita, pero bien proporcionada, eso podía apreciarse a pesar de la túnica; rostro ovalado; nariz recta y labios normales, ni finos ni gruesos; morena de piel, pero no excesivamente; ojos algo rasgados y de color... ¿color avellana?, sí, es posible. ¿Color de pelo? ¡Uf! Llevaba la cabeza cubierta por el velo ese, ¿cómo se llama?, hiyab o como se diga, pero las cejas parecían de tono castaño. Guapa, muy guapa.

—¡Yo diría que un bellezón! —exclamó, aunque luego, señalando a Marta, añadió:— Mejorando lo presente, claro está.

Ella y el poli sonrieron. ¡Bueno!, concluyó Marta Alcaraz tras agradecer el cumplido, puestos a tener encuentros extraños es mejor que sean con una preciosidad así.

—Recordará cómo iba vestida.

—Sí, llevaba una túnica moruna, una de esas chilabas que llegan a los pies. Una vestimenta muy bonita, yo diría que cara, cara y lujosa, aunque con algún lamparón. Aquella muchacha parecía una princesa mora en apuros —y Pretel remachó sus palabras con un balanceo de su cabeza.

Fernando Alberó apenas pudo reprimir un “joder” a la vez de admiración, incredulidad y fastidio. Estaba perdiendo el tiempo con un chalado que debía de haberse leído “Las Mil y una Noches” en

versión íntegra (¡más de mil doscientas páginas en ciertas ediciones!) al menos cincuenta veces, seguro que el gachó sufre una diarrea mental a base de Sherezada, Simbad, Aladino, Alí Babá, la princesita Badrubudur y la comadrona que atendió a las madres de todos ellos en el parto, ¡no te jode!

—Sí, ya, pero lo cierto, señor Pretel, es que no se ha encontrado nada en el lugar, ni una huella, ni un indicio. Seguiremos atentos, por si se produjera alguna novedad, pero lo más probable es que usted haya padecido una alucinación poco antes de perder el conocimiento.

Julio soltó un bufido, ¡mierda!, él no estaba loco, no andaba “alucinando” por la calle ni molestando a la gente, ¡y menos a la policía!, con historias inventadas. Notó la mirada inquisitiva del subinspector y entonces intuyó sus verdaderos pensamientos.

—¡No me drogo!, si es a eso a lo que se refiere. No soy un drogadicto ni un yonqui. Sé lo que piensan de los músicos, y en algunos casos será verdad, pero yo no, ¡yo no!, y juro por mis padres, que están muertos los dos, que no tomo drogas y que anoche me encontraba absolutamente sereno —Julio estaba congestionado, rojo de ira, se había incorporado hasta sentarse en la cama y miraba desafiante a un subinspector Albero, que permanecía impassible, como indiferente.

Marta se levantó del sillón y se sentó en la cama junto a él, poniéndole una mano en el hombro.

—Nadie piensa que estés loco, ni tampoco que te drogases ayer, ni ayer ni nunca. El doctor me ha comentado que pudo ser un delirio previo a la lipotimia. Tal vez un proceso similar a la epilepsia, aunque no cree que se trate de esa enfermedad.

Sintió un escalofrío. ¡Epilepsia! Uno de sus primos pasó media adolescencia aquejado del “mal de San Pablo”, lo que acabó sumiéndolo en una profunda depresión. Con el tiempo los ataques se habían distanciado, pero aún los sufría. Él mismo había temido más de una vez padecer ataques como esos, y aunque sabía que muchos epilépticos sobrellevaban su enfermedad aceptablemente, conviviendo con ella y haciendo una vida normal, la epilepsia formaba parte de sus terrores. No supo qué decir y volvió a recostarse. El policía se encogió de hombros. Fuese cual fuese la causa, parecía evidente que estaba ante un sujeto que había padecido una vulgar alucinación, y así lo haría constar en el informe. Caso cerrado. Al menos como policía, él daba carpetazo al asunto. Se levantó despidiéndose con un “hasta luego” muy desganado. A punto estaba

de abrir la puerta para salir al pasillo, cuando algo dentro de él le hizo cambiar de actitud. Espera, tío, espera, no tan aprisa, es un músico, un guitarrista al parecer muy bueno, no, no es de flamenco, no de los que más te gustan, pero es un artistazo al parecer, hace semanas lo viste en Canal Sur tocando junto al genial Paco de Lucía, ¡San Paco de Lucía!, como tú lo llamas, el más grande y el más largo en eso de la guitarra, interpretaban al alimón una cosa de Granados, ¿"Goyescas"?, es posible, Pretel tocaba más en clásico y el otro más en flamenco, sí, bueno, pero aquello sonaba de puta madre, tío, o sea que no puedes marcharte así como así, en plan borde, porque no sería justo. A lo mejor es un majara, ¿qué artista no lo es?, pero con cara de buena gente. ¿Drogas? Quizás, pero en principio yo no lo aseguraría, ¡fíjate!, hasta creo que dice la verdad, al menos en lo de las drogas. Además, esto se lo vas a contar al "viejo", ¿no?, y el viejo es otro chalado que te hará preguntas, muchas preguntas, por lo que te conviene suministrarle todos los detalles, cuantos más mejor. En fin, vamos a ver.

—Pensándolo bien... Tal vez sea verdad que vio algo o encontró a alguien —Albero había vuelto a sentarse en la otra cama, como antes, y se esforzaba en sonreír de forma amistosa, como fumando una provisional y metafórica pipa de la paz—. Yo no descarto ninguna hipótesis. Y dice que la fulana... bueno, la magrebí esa, habló todo el rato en árabe.

—Estoy seguro, era ese idioma, inconfundible por lo gutural y gargajoso. Me soltó toda una parrafada, muy nerviosa, muy alterada, como si pasara por dificultades o estuviese buscando en el Alcázar a una persona muy importante para ella, o como si un sujeto con malas intenciones la persiguiera —respondió Julio, extrañado por el cambio de actitud del detective—. No dijo absolutamente nada en español.

Pero aunque no había entendido maldita la cosa, sí recordaba una palabra que ella repitió varias veces al final, incluso la muchacha la gritó a pleno pulmón mientras salía corriendo: almorabitún. Entonces Marta se agitó como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—¡Almorabitún! ¡Los almorávides!

Albero la miró con interés. A él le sonaba eso de los almorávides, una palabreja de su libro de Historia, una de esas lecciones que debió de estudiar de chava. Había olvidado todo lo referente a los almorávides, pero era de esos nombres que, quieras o no, te deja un poso en la memoria, un residuo de culturilla. En tono divulgativo

Marta explicó que los almorávides fueron guerreros medio salvajes venidos del sur de Marruecos, que tras apoderarse de la España Islámica, derrotaron a los cristianos y amargaron las vidas de muchos hispanoárabes. Fanáticos, integristas y feroces destructores de casi todo lo que se les ponía por delante, los almorávides podían ser considerados los talibanes del siglo XI. ¡Lo que se dice unas joyas! Pretel añadió al de los almorávides los nombres de almohades y benimerines, otros invasores empeñados en animar la Edad Media en la Península Ibérica.

—Ya. Y eso de los almorávides, dejando aparte la historia, ¿significa algo para cualquiera de ustedes? —preguntó mirando sobre todo a Marta.

Ella negó con la cabeza, no, nada especialmente. La joven añadió con una sonrisa que estudiaba árabe en la Escuela de Idiomas de Sevilla, más por curiosidad que por necesidades de su trabajo (aunque en una guía podía ser muy útil dominar el mayor número de lenguas), y estaba a punto de comenzar tercer curso, por eso podía traducir una palabra tan sencilla como esa.

—Bien, señor Pretel, pues... espero que se restablezca cuanto antes. Y encantado de haberlo conocido... de haberlos conocido a los dos —añadió para tener una deferencia con Marta (“¡qué ojos más bonitos tiene la condená!”).

Dos días después, a media mañana, Julio ensayaba en su amplio piso de la Ronda de Capuchinos, casi enfrente de las murallas de la Macarena. Le interesaba comprobar si tras el mareo y posterior desmayo sus dedos habían perdido agilidad o sus reflejos se habían visto afectados. Repasaba los pasajes más complicados de la “Fantasía” y el “Concertino”, en especial los compases con cejillas y armónicos, y allí donde era preciso interpretar algún veloz arpeggio de semifusas. Le tranquilizó constatar que sus dedos pulsaban las cuerdas y recorrían los trastes con la misma presteza de siempre. Faltaba tan sólo una semana para que la Nova Hispalis y él como solista debutasen con el mismo programa en París, en el Teatro de Bellerose, un viejo edificio cercano a la Tour Saint Jacques, abandonado durante años, y que ahora había sido restaurado y recuperado para música y ballet. Los franceses eran un público difícil, frío y esquivo, hasta que un artista les caía en gracia, entonces lo apadrinaban y lo convertían en un ídolo. Los franceses se entusiasmaban con sus “artistas adoptados”, elogiaban y sobrevaloraban cuanto hiciesen, (aunque se tratase de una mediocridad), les perdonaban cualquier error, o bien elevaban las equivocaciones a la categoría de genialidades o extravagancias encantadoras, “très charmantes”. Él ya había

actuado un par de veces en París, con gran éxito de crítica y público, y le faltaba muy poco para ese triunfo definitivo, ese “apadrinamiento” apetecido por tantos artistas; le faltaba poco, y su próxima actuación podría ser la decisiva, por eso no podía permitirse el lujo de cometer ni el más leve fallo.

Su buena forma musical lo había puesto ese día de excelente humor; es más, hacía tiempo que no se encontraba tan satisfecho consigo mismo. El médico le dio el alta pocos minutos después de marcharse el incómodo subinspector Albero, y mientras caminaba junto a Marta hacia el aparcamiento en donde ella había dejado el coche, no conseguía apartar de su cabeza lo sucedido la noche de marras. Julio estaba sumergido en la zozobra. Si todo fue una alucinación, si la muchacha que vio en el Patio de las Doncellas era producto de un delirio o un ensueño, ¿por qué entonces recordaba una palabra en árabe, una de las palabras que ella había pronunciado? Ni él sabía árabe ni lo había estudiado jamás ni había sentido nunca curiosidad o ganas de aprender dicho idioma. Eso demostraba, a su parecer, que él vio y oyó realmente a la joven, que ésta era de carne y hueso, y que le habló. Pero Marta no opinaba igual. Habían entrado en el vehículo y se colocaban los cinturones de seguridad.

—El cerebro es una especie de almacén de datos en donde guardamos vivencias, imágenes, sonidos, sensaciones, palabras... Como sabes, sólo usamos habitualmente una mínima parte de él. Pero en ocasiones se despiertan recuerdos que permanecían adormecidos en una esquinita de la memoria, incluso recuerdos de nuestros primeros años. ¿Almorabitún? Sin duda alguna vez oíste o leíste la palabreja, la registraste en la memoria, creíste olvidarla o aparentemente la olvidaste, y luego, de pronto, ¡zas!, he aquí que almorabitún reaparece en un sueño moruno. Porque, claro, en un edificio como el Alcázar, ¿qué otra clase de sueño se podría tener?

Marta utilizaba el eufemismo de “soñar despierto”, que sonaba mejor que “alucinación”, una palabra fea y preocupante. A veces la semántica sosiega al neurótico más que diez sesiones de psicoanálisis, por no hablar del ahorro. Y quitándole hierro al asunto, el propio Julio Pretel bromeó al señalar la posibilidad de estar poseído por el demonio, porque, ¿no dicen que los endemoniados hablan lenguas vivas y muertas sin haberlas aprendido? Bueno, aún no giraba la cabeza 180 grados ni vomitaba puré de guisantes en la cara de nadie, pero todo era cuestión de practicar, no estaría mal eso de ser exorcizado por el padre Merrin o por el exorcista de turno, no sin antes montar un numerito demoniaco-porno-musical con el instrumento de las seis cuerdas, ¿has visto lo que hace la

cochina de tu guitarra? Marta reía tanto que se distrajo y a punto estuvo de saltarse un semáforo. Al detener el coche ante la casa de Julio, ella lo había besado en las mejillas, y mientras se despedían, el rostro de la joven quedó a una distancia lo suficientemente corta del suyo como para sentir su aliento, fresco y agradable. “Cuidate, anda. Nos veremos, nos veremos pronto, ¿verdad? ¡Qué envidia me das! ¡París! ¡Quién pudiera acompañarte!” exclamó riendo. Y él, en el mismo tono: “pide unos días de vacaciones y vente”. No, no, imposible, no podía, el trabajo... Y dejó unos puntos suspensivos que querían decir seguramente muchas cosas, aunque Pretel no era capaz de adivinarlas todas. Recordaba la frase favorita de un viejo profesor suyo: “las mujeres necesitan un traductor, porque dicen una cosa, piensan otra y al final hacen otra distinta”. Y lamentó no tener a mano un diccionario que tradujese las palabras pero sobre todo los pensamientos de esa mujer.

Lo sobresaltó el timbre del teléfono. Dejó la guitarra apoyada en el respaldo de la silla y se acercó a la mesita del teléfono con la esperanza de oír la voz de Marta, pero al otro lado del hilo sonó una voz masculina, cascada y algo fatigosa:

—Buenos días, por favor... ¿Don Julio Pretel?

—Hola. Sí, sí, soy yo, diga.

—Me llamo Juan Sayago de Villalta. Supongo que habrá oído hablar de mí.

Viviendo en Sevilla, ¿cómo no conocer a don Juan Sayago de Villalta y Alcantud, famoso bodeguero, hijo, nieto y hasta biznieto de bodegueros aljarafeños? Sayago elaboraba apreciadísimos caldos no sólo en la comarca del Aljarafe, cuna de sus mayores, sino en Jerez, Sanlúcar, Jumilla, La Rioja y el Priorato. Años atrás compró una ganadería de reses bravas cerca de las marismas (encaste Domecq, ¡para variar!), y aunque sus toros no eran del agrado de los aficionados “toristas” de Madrid, recibían feria tras feria elogios de los “toreristas” de La Maestranza, amén de triunfar en otras plazas: un año antes, un negro zaíno de Sayago recibió el indulto en el coso de Murcia.

—Sí, sí, sé quién es usted. ¿Qué desea?

—Verá, no nos conocemos personalmente, lo que es una lástima. Soy un gran admirador suyo y... me gustaría hablar con usted, charlar un ratito. Yo tendría el gusto de invitarlo a tomar café a mi casa una de estas tardes, siempre que le apetezca y disponga de tiempo libre, naturalmente.

Se sorprendió balbuceando una respuesta en la que dejaba caer que esa tarde, en principio, no tenía nada que hacer, bueno, sí,

acercarse al centro de la ciudad, pero... Al final aceptó ir a casa de Juan Sayago a eso de las cuatro y media. Tomó nota de la dirección, que correspondía a una calleja próxima a Argote de Molina. Así que después de comer salió de casa a “disfrutar” del bochorno de Sevilla. Se sentía incómodo, recomido por un malestar creciente. Debía haberle dado largas a ese hombre, demorar la cita para cuando volviese de París, o simplemente decir que no, rotundamente no. Temía que aquel aristócrata quisiera enredarlo y convencerlo para tocar en alguna fiesta o juerga de señoritos. ¿Guitarrista clásico? ¿Guitarrista flamenco? ¡Bah!, todos son lo mismo, una manada de borrachos y gandules. ¿No es así como piensan de nosotros los que pertenecen a la misma clase social que Juan Sayago? Cruzó de una acera a otra de la Ronda para enfilarse por la Calle Enladrillada, una especie de bendito atajo que tomaba cuando quería llegar andando al corazón de Sevilla. Raras veces usaba el coche para moverse por la ciudad, sólo cuando la distancia era demasiado grande o no tenía otro remedio. El caso era que Sayago, por lo que sabía de él, parecía ser un hombre discreto y poco amigo de hacerse notar, al que ni de lejos relacionaba con ambientes frívolos. Aunque no pertenecía a la aristocracia propiamente dicha, a pesar de sus sonoros apellidos, pues no contaba con ningún título nobiliario, los sevillanos de a pie lo incluían en la panoplia de la más rancia nobleza, situándolo tras las casas de Alba, Medinaceli y Medinasidonia, a muy poca distancia de esta última, y por encima del resto de la aristocracia. Con Sayago ocurría como antaño con los hidalgos de opinión, tenidos por tales aunque no lo fueran.

Permaneció casi cinco minutos parado ante la sobria pero bonita fachada de aquel típico palacete sevillano, esperando a que la manecilla del reloj señalase las cuatro y media. Luego se aproximó a la puerta de rejería, que dejaba ver un umbroso patio con decenas y decenas de macetas, y tocó el timbre. Le abrió un hombre de mediana edad y más que cumplida calva, vestido con una camisa de manga corta gris marengo y pantalones con rayas grises y negras, es decir, uniformado como un mayordomo de novela de Agatha Christie.

—Hola, buenas tardes. Don Juan Sayago me espera.

—Buenas tardes. ¿Es usted el señor Pretel? Sí, sí, pase, don Juan lo está esperando en el salón.

Precedido por el mayordomo, cruzó el fresco y agradabilísimo patio. ¿Cuántas macetas había en ese lugar? ¿Cientos? ¿Miles? Los tiestos estaban colocados con tal sabia armonía que lo llenaban todo pero sin dar impresión de agobio, a diferencia de lo que ocurre en algunos otros patios cordobeses y sevillanos. Subieron a la

galería superior por una escalera grande y señorial. Desde la pared, una panoplia mostraba venencias y catadores de vino de distintos tamaños en lugar de espadas, floretes o sables. Al fin, el criado se detuvo en el umbral de lo que resultó ser una amplia y acogedora sala con chimenea (apagada esta última, por supuesto), en donde el dueño de la casa esperaba sentado junto a una mesita de artesanía. Sayago se levantó para recibir y dar la mano al guitarrista. Julio había visto su imagen en los periódicos y en la televisión, pero al natural le pareció más viejo y enflaquecido. Tuvo la impresión de que se parecía mucho a alguien conocido, o que había visto y tratado hacía poco, pero no lograba recordar a quién. La dureza de sus facciones se veía compensada por una exquisita educación y unos modales elegantes y un poco ceremoniosos. Sayago lo invitó a sentarse y en ese preciso momento llegó una criada (uniforme y cofia, como Dios manda en las casas de alcurnia), quien depositó en la mesita la bandeja con la cafetera, una jarrita de leche tibia, las dos tazas y un cuenco lleno de terrones de azúcar.

—Muchas gracias, Carmelilla, ya nos serviremos nosotros —la doncella hizo una pequeña, casi imperceptible inclinación, antes de marcharse, y una mirada de don Juan indicó al mayordomo, clavado en el umbral, que él también podía irse.

—¿Cómo le gusta a usted el café?

Julio lo tomaba solo y con un terrón. Sayago, por su parte, se sirvió su cafetito con un poco de leche y sin azúcar. Contó que el médico le había restringido la cafeína; en cuanto al alcohol y al tabaco, los tenía absolutamente prohibidos por prescripción facultativa, ¡el suplicio de Tántalo!, bromeó, el tormento de un bodeguero privado del placer de gustar sus propios vinos, y ambos rieron. Luego, poniéndose serio, se señaló el pecho: dos operaciones a corazón abierto y un marcapasos allí dentro justificaban la dictadura médica. Mientras disfrutaban del café, el guitarrista tuvo oportunidad de contemplar la sala, amplia, acogedora, en la que destacaban, además de la gran chimenea, las vigas del techo, que eran de colañas o troncos sin pulir. Cerca de la chimenea colgaba un cuadro que representaba a una hermosa mujer joven, rubia y sonriente. En la pared situada junto a la puerta, lucía la cabeza de un señor toro magníficamente disecado:

Gamberrito 547 kilos

Puerto S^a María 1997

Al fijarse mejor, Pretel se dio cuenta de que estaba desorejado. A ambos lados de la cabeza había sendos azulejos con el símbolo del hierro de la ganadería, una S fusionada con una Y. Un bargueño

antiguo adornaba el rincón que quedaba detrás del dueño de la casa.

—Quería verlo en persona para manifestarle mi admiración —dijo después de apurar el último sorbo—. No salgo mucho, pero lo oí tocar la otra noche en el Alcázar, y francamente, me emocioné. Si cerraba los ojos creía estar escuchando al mismísimo Narciso Yepes.

Julio hubo de contenerse para no emborracharse de vanidad. Yepes era uno de sus ídolos, y para él, el artista que había logrado que una simple guitarra sonase como toda una orquesta, así que agradeció el cumplido. Entonces Sayago se inclinó hacia delante y miró fijamente a su invitado.

—Pero quería verlo para algo más que mostrarle mi devoción. Hay otra cosa, por supuesto.

“Ya está”, se dijo Pretel para sus adentros, “ahora éste va y me pide que actúe para el fiestorro del Conde del Calzón Caído o de la Marquesa Eulalia Rodríguez de Orujo, y añadirá que me pagará tanto y tanto, y que allí luego haremos unas risas, y yo le diré que no, y él que sí, y me verá obligado a ser tajante y...” Lo que no podía imaginarse era el tema que su anfitrión iba a abordar.

—No me pregunte cómo lo sé, pero creo que la noche del concierto tuvo usted un encuentro con alguien en el Alcázar. Quiero decir... un encuentro bastante extraño, ¿no?

A punto estuvo de pellizcarse para comprobar que no estaba dormido. Se le subió la sangre a la cabeza. Hubo de tragar saliva y contar hasta tres: estar en casa ajena lo obligaba al comedimiento.

—No sé cómo lo ha sabido, en efecto, y me parece que... —se pasó la mano por la frente; ¡¿a santo de qué venía aquello?!—. Después del concierto sufrí un mareo, llegué incluso a perder el conocimiento.

Sayago lo miraba con ojos escrutadores y hasta impertinentes. Sin hacer mucho caso a la respuesta de Pretel, volvió a preguntar:

—Pero antes de desmayarse vio a alguien. Una muchacha mora, ¿no es así?

—Sufrí una alucinación. ¿Qué pasa? No soy ni el primero ni el último —respondió Julio de forma desabrida—. Y ahora, don Juan, si me lo permite... No deseo robarle más tiempo —dijo levantándose; por lo que le atañía, daba por finalizada su estancia en aquella casa.

—Siéntese, por favor. Por favor —reiteró con modales suaves—. Mire, estoy convencido de que no fue una alucinación. No es el único que la ha visto —y se le quebró la voz al pronunciar las últimas palabras.

Pretel, que ya estaba de pie, se sentó de nuevo. Los ojos del bodeguero estaban húmedos y brillantes.

—¿Qué le parece la mujer del cuadro?

Julio se ladeó en su asiento para contemplar mejor a la imagen que sonreía desde el lienzo con una radiante timidez, y confesó que le parecía muy hermosa, una elegante belleza, de las que cada vez hay menos en el mundo.

—Mi esposa, Emily. Era inglesa. Nos casamos en Londres en 1955. Junto a ella viví los momentos más felices de mi vida. Desgraciadamente murió un año y medio después de la boda —suspiró como reviviendo, superpuestas, todas y cada una de las imágenes de aquella historia, alegría, ternura, dolor, soledad, llanto, nostalgia, imágenes que se habían decantado en el interior de su alma como el solaje de los vinos más viejos.

Julio murmuró un sincero “lo siento, lo siento mucho”. El señor Sayago de Villalta, tras unos segundos de dolor y silencio, retomó el hilo de su discurso. Emily y él se instalaron definitivamente en Sevilla tras la luna de miel. Era fácil imaginar el orgullo del entonces joven bodeguero al mostrar Sevilla a su esposa, tal vez nadie la haya enseñado nunca mejor: primero, una perspectiva de la ciudad junto al río desde Triana, desde la famosa calle Betis; luego, subir a la Giralda para dominar el secreto de las terrazas y campanarios, antiguos minaretes muchos de ellos como la propia torre desde la que divisaban uno de los paisajes urbanos más bellos del mundo; después, un paseo en calesa por el Parque de María Luisa... “¡oh, sí!, Hyde Park es más grande, of course!, y no le niego belleza, al contrario, es una hermosura, pero el de María Luisa tiene gracia y tiene duende, y por eso es incomparable, un jardín sin igual en el mundo, vamos, que no hay color”. Recordaba el luminoso día de comienzos de septiembre cuando visitaron juntos el Alcázar. Él le hacía fotos con una Hasselblad recién adquirida en Londres, una máquina de verdadero profesional, como las que usaban algunos de los fotógrafos más importantes del Harper’s Bazar para inmortalizar a las actrices del cine de entonces, Ava Gardner, Lana Turner y sobre todo Rita Hayworth, cuyo padre por cierto era sevillano, ¡casi ná! Pero en el Patio de las Doncellas, Emily quiso que él saliera junto a ella en la misma foto. Así que Juan Sayago pidió a un señor muy amable

que les hiciera el favor de retratarlos juntos. Querían aparecer en la fotografía sólo ellos dos; no hizo falta esperar demasiado, pues el Alcázar recibía por entonces pocos visitantes, desde luego mucho menos que ahora; y es que en aquella época ni el Museo del Prado ni la Alhambra se habían masificado tan monstruosamente como en nuestros días, y los visitantes podían contemplar a sus anchas, sin dar ni recibir codazos, tanto las Meninas como el Patio de los Leones.

Sin dejar de hablar, Sayago se había levantado para buscar algo en el bargueño, de uno de cuyos cajones extrajo un sobre blanco de un tamaño mayor que el que suele utilizarse para el correo ordinario. Volvió a sentarse y puso el sobre en la mesa, ante un cada vez más desconcertado Pretel. ¡Que lo ahorcasen si sabía adónde quería ir a parar el aristócrata!

—Tengo la foto aquí —dijo señalando el sobre—, y usted la verá muy pronto. Le juro que ante la cámara sólo estábamos en ese momento mi esposa y yo, nadie más. Se lo juro por ella, por Emily, que es lo que más he querido en el mundo. No se altere por lo que va a ver. Estábamos ante el objetivo ella y yo, pero algo imprevisto sucedió. La película registró más de lo que nuestros ojos podían ver.

Sacó del sobre una fotografía y la entregó al guitarrista. En blanco y negro, con los espléndidos arcos mudéjares del Patio de las Doncellas al fondo, aparecía un Juan Sayago de Villalta rejuvenecido y apuesto, que sonreía a la cámara henchido de gozo. Junto a él, cogida de su brazo, la elegante figura de una Emily tan bella o quizá más aún que en el cuadro, formando con su marido una esplendorosa y perfecta pareja “de cine”. El problema es que había una tercera persona. Más en primer plano que los recién casados, como los entrometidos o despistados que cruzan delante de una cámara fotográfica en el momento más inoportuno, a la izquierda de Emily y cerca ya del borde de la foto había una muchacha mora cuyo rostro se volvía en un medio escorzo, aunque sin mirar directamente a la cámara, como ni siquiera sospechara la existencia de ésta ni tampoco de la joven pareja. Era un rostro muy joven y agraciado, ensombrecido por una nube de preocupación, o más bien de sufrimiento y angustia. Julio sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda de arriba abajo. Un temblor lo sacudió mientras reprimía con dificultad una grosería semiblasfema.

—¡Es ella! La muchacha que... ¡¿Pero cómo?! No entiendo cómo... Yo la vi hace pocos días. Es la joven que me abordó en el Alcázar.

El bodeguero torció un lado de su boca en algo que quería una comprensiva sonrisa, al tiempo que se encogía de hombros. Pero su actitud sólo era fría en apariencia, porque sus ojos brillaban como si tuviese cuarenta de fiebre y un mal contenido temblor de su barbilla indicaban la emoción que sentía. ¡Claro!, ya se lo barruntaba él, de ahí su interés por hablar con un Julio Pretel que seguía sin dar crédito a lo que estaba viendo, a lo que miraba y remiraba una vez y otra con el corazón latiéndole de nuevo como si se le fuera a salir del pecho. No, el encuentro de Pretel no fue una alucinación. Pero el músico se resistía a creer lo que veía, porque, ¡a la fuerza tenía que existir un error en todo ello!

—La foto no ha sido manipulada. Compruébelo, revise el negativo... está aquí, mire. Cualquier experto se lo confirmará. Además, le juro por lo que más quiera que no hay engaño ni trampa.

Julio no pensaba exactamente en una manipulación, ni mucho menos que don Juan fuese el culpable. Aventuraba más bien un fallo al pasar el carrete, pero el bodeguero negó con vehemencia, no, no, se puede verificar en los negativos, es fácil de comprobar que ninguna foto se montó sobre otra. La cámara era de buenísima calidad, fabricada para profesionales, y le había costado sus buenas libras esterlinas; máquinas así no se vendían por aquel entonces en España. “Aún la conservo y sigue funcionando como el primer día; no digo que sea irrompible, porque no hay nada que lo sea en este mundo, pero es una cámara de una calidad increíble, ya no se fabrican cosas así”. ¡Oh, sí!, las digitales de hoy en día son estupendas y muy cómodas, él no lo negaba, pero con las cámaras de antes la fotografía era más artesanal y por tanto más auténtica.

—Pero fíjese, don Julio, fíjese, esta foto se tomó hace cincuenta años. Yo aparezco joven, fuerte y con buena presencia, lo contrario de hoy, pero la muchacha aparece igual que ahora, ¿no?, dígamelo usted. Está aquí igual de joven que hace dos o tres días, cuando la vio en el Alcázar. ¿Llevo razón?

Julio reconoció que sí, y entonces sintió un nuevo escalofrío, pero esta vez de terror. ¡La bellísima mora era un fantasma! El bodeguero sonrió mirándolo con una mezcla de sorna y ternura. Él no creía en fantasmas, al menos no creía en esos espectros ensabanados y hoscos, empeñados en arrastrar cadenas, a los que la superstición popular ha adornado de rasgos sepulcrales y macabros. Podía haber otra explicación, al menos él la barajaba: la visión era fruto de una distorsión en el tiempo. Distorsión, desajuste, interferencia, bucle espacio-temporal, o como quisieran llamarla.

Nos han hecho creer que el tiempo es una línea recta que se despeña indefinidamente hacia un futuro imprevisible, una carretera de una sola dirección, una vía de sentido único que nos regala la paradoja de que podamos conocer aceptablemente un suceso acaecido hace dos mil años, pero ignoremos lo que va a pasar dentro de un minuto. Ahora bien, ¿y si el tiempo no se desarrollara en línea recta?, ¿y si trazara curvas sinuosas, o muy pronunciadas, en una sucesión de continuos recovecos?, ¿y si existiesen atajos, conexiones entre dos de esas curvas alejadas cien, quinientos, mil años, aunque en realidad contiguas en el misterioso trazado de un tiempo infinitamente enmarañado y laberíntico? Atajos o trochas inaccesibles casi siempre, pero que a veces algunas personas, bajo determinadas circunstancias, serían capaces de cruzar en uno u otro sentido. Tal vez Dios duerma la siesta de vez en cuando, después de todo, y sus leyes sufran alteraciones.

—¡Una mujer de otra época! —exclamó Pretel boquiabierto.

Sí, tal vez, ¿por qué no? Resultaba menos inquietante que admitir la presencia de un ánima escapada de no sabe bien qué Limbo o Purgatorio.

—¿Dijo algo? Quiero decir... ¿Hablaba? ¿La oyó usted? —preguntó Sayago tratando de disimular en vano su creciente ansiedad.

¿Qué si hablaba? ¡Más que eso! Parloteaba por los codos, en árabe, por supuesto, chamullaba en algarabía apresuradamente, muy nerviosa, quizá la palabra exacta sea “angustiada”, como si huyera de alguien, de un asesino que quisiera matarla o de una jauría de perros rabiosos. Los ojos de Sayago seguían brillando como ascuas, y a él se le quebró la voz al exclamar:

—¡Dios mío! ¡Es increíble! Ha sido usted testigo de un acontecimiento tan extraordinario que... ¿Entendió algo? Imagino que no, pues dice que hablaba en árabe, pero...

Julio aseguró no haber entendido ni papa de aquella torrentera de palabras agarenas, “jamalajú jamalajá, jal diridín dindín”, pero reconoció la repetición de almorabitún al final de todo, almorabitún, los almorávides.

—¡Sí, sí, sí! ¡Es lo que sospechaba! —gritó Sayago dándose un fuerte golpe sobre el muslo—. Hace años que lo suponía, todo encaja, ¡todo!, el lugar, la posible edad de la muchacha, y sobre todo la época del año, y usted ahora acaba de confirmármelo —hubo de pararse a respirar, y se colocó la mano derecha en el pecho, sobre el corazón; el músico temió la inminencia de un infarto, pero